

EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Correo concertado

Punto de suscripción y venta.

Toledo: D. Elías Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Redacción y Administración: Lechuga, 13.—Teléfono 12

Se publica martes y sábados.

Suscripción.

Un año.....	5,00 pesetas.
Número suelto.....	0,10
Idem atrasado.....	0,15

Pago adelantado.

El por qué humano de la Pasión de Jesús.

Como el hombre busca naturalmente, é impulsado por el deber de conocer las causas de los hechos históricos, el por qué de lo ocurrido en pasadas edades, para mejor explicarse lo que sucede en el tiempo en que á él le toca vivir sobre la tierra, conviene exponer aquí las causas humanas de la muerte de Jesús, exposición que nos servirá para darnos cuenta exacta de lo que ocurre hoy entre nosotros.

Fueron muchas las personas que intervinieron activamente en la Pasión del Justo, aunque no todas impulsadas por igual motivo.

Intervino Judas en primer lugar vendiendo á su Maestro por treinta dineros, el precio de un esclavo; ¿qué movió á Judas á cometer tamaña felonía con El que le habia escogido para discípulo predilecto y Apóstol de su Evangelio? Dos pasiones de las más bajas que anidan en el miserable corazón humano: la avaricia y el despecho. De la primera es testigo S. Juan, que nos lo dice terminantemente; la segunda se desprende de la relación de los cuatro Evangelistas, que refieren la decisión tomada por el traidor como consecuencia de la defensa hecha por Jesús de la buena obra de María, al derramar el unguento preciso sobre los sacratísimos pies del convidado de Simón.

Los sacerdotes y príncipes del Sanhedrin tuvieron otros motivos para la muerte de Jesús, eran tan patentes, que hasta el mismo presidente romano «sabía que le habian entregado por envidia». El Salvador les habia dicho muchas verdades amargas y habia descubierto ante el pueblo su doblez; y como el pueblo es naturalmente dócil, seguía en tropel al Hijo de David aclamándole en todas partes, lo cual dió por resultado el que aquellos hombres concibieran contra Él un odio implacable, hijo de la envidia que les corroía. Algo parecido á lo que tiempos atrás ocurriera á David, aclamado por las muchedumbres cuando dió muerte á Goliath, con el rey Saúl, que desde aquel instante comenzó á perseguirle de muerte.

Herodes, que también intervino en la Pasión y muerte del Salvador, aunque no tan eficazmente como los restantes, no quería mal al Hijo de María y deseaba tener ocasión de ver alguna de las maravillas que de Él se referían; mas cuando advirtió que ni siquiera le contestaba á las preguntas hechas, que fueron muchas, se sintió herido en su orgullo y le despreció, vistiéndole de blanco como á un memo; de manera que la vanidad é insustancialidad de aquel rey le incitaron á cooperar en la Pasión del Redentor del mundo.

A Pilatos no fué la avaricia, ni la envidia, ni la vanidad, lo que le movió á firmar la sentencia de muerte, después de haber decretado los azotes del Santo de los santos: fué la ambición, el deseo de mando, el no perder la bonita carrera que habia hecho y pensaba mejorar sirviendo al César, junto con un temor servil de desagradarle.

Los soldados romanos ejecutaron la sentencia por obedecer á sus jefes, añadiendo en la ejecución la malicia propia de gentes ineducadas y crueles, que se burlan de la desgracia ajena.

El pueblo judío contribuyó por su parte á la Pasión y muerte de Jesús con sus vociferaciones, pidiendo á gritos la crucifixión, engañado por los sacerdotes y escribas que le hicieron creer que se trataba de un peigrosísimo impostor, cuya muerte reclamaba el bien público de la nación judía. Y así se explica que aquel pueblo, que pocos días antes habia salido lleno de entusiasmo á esperar á Jesús á Betania, aclamándole sin cesar en todo el trayecto como al hijo de David, es decir, al Mesías prometido, le blasfemara con tanta furia delante del Pretorio y en el Calvario.

Examinadas, pues, las causas humanas que dieron por resultado la muerte del Hijo de Dios, hallámoslas en las más viles pasiones del humano corazón; nada de altura, de elevación de miras, de propósitos elevados, de dignidad y de nobleza; al contrario, allí todo es rastrero, bajo, vil, pasional y sin una mala apariencia de razón. Y todo ello está tan patente y manifiesto en la relación de los Evangelios, que no queda otro recurso que negarlos ó creerlos.

Si ahora quisiéramos investigar el por qué de la persecución que se hace hoy á Jesús en su Iglesia, no solamente en un punto del globo, como ocurrió entonces, sino en toda la redondez de la tierra y principalmente en Europa, halláramos que no son otras las causas impulsivas y motivadas de semejante persecución, sino las mismas bajas pasiones que movieron á los judíos en la época del Salvador.

Unos cuantos renegados á quien el despecho de no haber obtenido y alcanzado lo que deseaban, les hizo vender á Cristo por menos de treinta siclos, son los primeros agentes de la actual persecución religiosa. ¡De qué buena gana citaría aquí dos docenas de nombres propios que llevarán el convencimiento gráfico á los lectores! Pero eso no es conveniente por ahora; ya se hará en tiempo oportuno.

La ambición, el deseo de mando, el no perder la breva del empleo bien retribuido que se tiene ó que se espera, ¿á cuántos no mueve cada día para ir contra Cristo, calumniándole en sus ministros y negando el agua y el fuego á los que se declaran discípulos suyos? ¿Quién será capaz de contar los Pilatos que pululan

por esos mundos de Dios, y, sobre todo, por nuestra España, dispuestos á vender la justicia y condenar al justo, á sabiendas de que lo es y de que nada hizo digno de muerte? ¿Y qué matemáticas serán suficientes para sumar el número de los hombres vanos é insustanciales que, creyéndose sabios y prudentes, lo confían todo á su razón ruinísima y apasionadísima, mirando con soberano desprecio cuanto no se acomoda á sus caprichos necios, por los cuales pretenden que se dirija la sociedad?

Pero sobre todo, donde mejor se ve y se palpa la igualdad de nuestros días con los días de la Pasión de Jesús, es en la seducción del pueblo, antes tan cristiano, tan fervoroso, tan creyente, tan amigo de sus curas y de sus religiosos, tan buen cumplidor de los preceptos eclesiásticos, tan dócil y sumiso en escuchar la divina palabra como pronto y decidido en ponerla por obra; hoy tan indiferente, tan impio, tan incrédulo, tan enemigo del clero secular y regular, tan alejado, no sólo del cumplimiento de los mandamientos eclesiásticos, sino de los naturales y divinos, como de la predicación y conocimiento de la doctrina cristiana, que da compasión el comparar el hoy con el ayer.

¿Quién ha obrado esta transformación en tan poco tiempo sino los escribas y fariseos que, metiéndose entre las turbas en forma de hojas volantes, periódicos, folletos, grabados, fototipias y otros disfraces análogos, ha conseguido presentar lo negro como lo blanco y lo blanco como lo negro? Si, pues, actúan las mismas causas, han de resultar los mismos efectos, y para conseguir la desaparición de éstos, preciso es primero aniquelar aquéllas. Esta es la obra que á todos nos incumbe, á cada cual en su esfera. Cumplamos nuestro deber y esperemos el fruto de la Pasión de Jesús, que transformó y redimió al mundo.

R. FERNÁNDEZ VALBUENA.

Apuntes de mi cartera.

Sonetos de pasión.

ENTRE los innumerables sonetos que acerca de la Pasión de CRISTO se atesoran en el fecundo Parnaso castellano, entiendo «salvo meliori» que los mejores son los cinco siguientes:

I

Jesucristo y Adán.

Adán en paraíso, Vos en huerto;
Él puesto en honra y Vos en agonía;
Él duerme, y vela mal su compañía;
La vuestra duerme, Vos oráis despierto.
Él cometió el primero desconcierto,
Vos concertásteis nuestro primer día;
Cáliz bebéis que vuestro Padre envía,
Él come inobediente y vive muerto.
El sudor de su rostro le sustenta;
El del vuestro mantiene nuestra gloria;
Suya la culpa fué, vuestra la afrenta.

Él dejó horror, y Vos dejáis memoria;
Aquél fué engaño cierto, y ésta venta...
¡Cuán diferente nos dejáis la historia!

QUEVEDO.

II

A Jesucristo Crucificado.

Pastor que con tus silbos amorosos
Me despertaste del profundo sueño
Desde la altura de ese infame leño
En que tiendes los brazos poderosos.
Vuelve tus ojos á mi fe piadosos,
Pues te confieso por mi amor y dueño,
Y la palabra de seguir empeño
Tus dulces silbos y tus pies hermosos.
Oye, Pastor que por amores mueres:
No te espante el rigor de mis pecados
Pues tan amigo de rendidos eres;
Espera, pues, y escucha mis cuidados...
Pero cómo te digo que me esperes
Si estás por esperar los pies clavados?

LOPE DE VEGA.

III

A Jesús Crucificado.

A Vos corriendo voy, brazos sagrados,
En la cruz sacrosanta descubiertos,
Que para recibirme estáis abiertos
Y por no castigarme estáis clavados.
A Vos, ojos divinos eclipsados,
De tanta sangre y lágrimas cubiertos,
Que para perdonarme estáis despiertos
Y por no confundirme estáis cerrados.
A Vos, clavados pies para no huirme,
A Vos, cabeza baja por llamarme,
A Vos, sangre vertida por ungirme,
A Vos, costado abierto, quiero unirme;
A Vos, clavos preciosos, quiero atarme
Con ligadura dulce, estable y firme.

EL DOCTOR MANUEL DE NOBREGA.

IV

Al Cristo de mi cabecera.

Tú velas en la Cruz, donde clavado
Te deja, y vergonzoso y dolorido
Más que el odio de un pueblo fementido
La pesadumbre inmensa del pecado.
¡Tú velas en la Cruz! y descuidado
Duerme á tus pies mi espíritu rendido
En brazos del silencio y del olvido
De un sueño en otro sueño transportado.
No sabe si hallará cuando despierte
Los dolores y halagos de la vida
O el juicio y residencia de la muerte.
Si tú, Señor, le compadececes, cuida
De hacerle amar tu hora, la de verte,
Si esperada quizá, siempre temida.

AMÓS DE ESCALANTE.

La tela de estos cuatro sonetos no puede ser más rica, ni su tejido más bizarro ni más galanamente labrado.

Por lo que hace al soneto del gran D. Francisco de Quevedo y Villegas, es modelo gallardísimo de paralelos retóricos; pero precisamente cojea, como su autor cojeaba siempre, por ese lado conviene á saber, por ser más ingenioso que tierno. Admira, en verdad, el soneto; pero no acaba de encantarnos porque su belleza nace más del entendimiento que del corazón.

Mil veces más tierno es el soneto de Lope; que es, entre todos los poetas españoles, el poeta de más ternura; la cual si va á decir verdad, es en nuestro Lope tan grande como la fecundidad de su ingenio.

Allá se va con el de Quevedo el soneto del Doctor Nobrega. En ambas com-

posiciones hay algo de fría retórica, y están algo picadas también de *conceptismo*. Finalmente, del soneto de Lope parece hermano gemelo el del montañés Amós de Escalante, por lo elegante, por lo tierno y por lo devoto.

Y aprovecho la ocasión que estos *apuntes* me brindan para volver por la fama del Doctor Nobrega que fué quien compuso el tercero de los cuatro sonetos que quedan aquí copiados, *sed tultit alter honores*. Y el que se llevó la fama y el que pasa por autor de tan linda composición es el poeta americano García de Tejada, que no fué ni más ni menos que traductor casi literal de Nobrega, escritor portugués, aunque la tal traducción (que no es empresa difícil) sea más perfecta que la de D. Adolfo de Castro, que también la tradujo casi *de verbo ad verbum* del portugués.

Pero á todos estos cuatro magníficos sonetos les vence y les pasa de vuelo el que se sigue. ¿Qué cristiano hay que no le conozca, que no le sepa de memoria y que no le haya *rezado* muchas veces?

V

No me mueve, Señor, para quererte
El cielo que me tienes prometido;
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, mi Dios; muéveme el verte
Clavado en esa Cruz y escarnecido,
Muéveme el ver tu pecho tan herido,
Muéveme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor en tal manera,
Que aunque no hubiera cielo yo te amara
Y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
Porque aunque lo que espero no esperara
Lo mismo que te quiero te quisiera.

Disputáse sobre quién sea el artifice de tan maravillosa joya literaria y cristiana, *et adhuc sub júdice lis est*.

Sin fundamento literario ni histórico se ha dicho que le compuso Santa Teresa. Con más razón han prohibido otros el soneto al taumaturgo de la Compañía de Jesús, San Francisco Javier, após ol de las Indias, escudados con la autoridad de barón tan benemérito como D. Juan Caramuel; pero este testimonio no es suficiente.

Así es que Menéndez y Pelayo, en su última *Antología*, publicada en Londres por *Gowans et Gray Limited*, le ha dado, con razón, como de autor desconocido.

Por las buenas razones que daba hace ya bastantes años D. Adolfo de Castro, parece que el autor del tal soneto debe de ser portugués. De ser ésto cierto, acontecería que dos portugueses (el Doctor Nobrega y el autor anónimo de quien ahora tratamos) han enriquecido nuestro clásico parnaso con dos joyas literarias que son también algo así como gloriosos trofeos y despojos de la Pasión de Cristo. ¡Hermoso símbolo de nuestra antigua unidad peninsular y de nuestra unidad católica; preciosa remembranza de aquellos tiempos en que España y Portugal eran las dos naciones evangelizadoras del orbe; de aquellos tiempos en que los portugueses escribían y hablaban la lengua castellana con la misma perfección que los toledanos!

La trama de este soneto no puede ser más sencilla ni más clara. Sin consonantes rebuscados, ni palabras resonantes, ni artificios retóricos, ni conceptos alambicados ó sutiles—es un sublime canto de alabanza y amor á Cristo crucificado; canto que comienza suave y regaladamente con el dulce preludio de los cuatro primeros versos. Luego va la canción enardeciéndose más y más en cada uno de los cuatro versos del segundo cuarteto, hasta que al llegar al primer terceto hace resonar sus más ardientes y enfer-

voradas melodías; las cuales van como apagándose luego gradualmente en los versos del último terceto, cuya entonación debe ser ya menos vigorosa porque simboliza el anonadamiento y el silencio del alma ante la infinita grandeza del amor de Jesucristo y ante la miseria de la criatura redimida.

¿Qué mucho, pues, que digan estar compuesto este soneto por almas tan sublimes y endiosadas como la de la Seráfica Madre Santa Teresa de Jesús, ó la del incomparable Apóstol de las Indias?

J. MARIN DEL CAMPO

Mora de Toledo 21 de Marzo de 1910.



Una mujer y unas mujeres.

CUANDO fatigosamente caminaba Nuestro Redentor adorable por la calle de la Amargura, debilitado por la intensidad de los dolores, por la multiplicidad de los tormentos, sin luz la mirada, sin acción los sentidos, sin sangre en las venas, sin color y afeado el semblante, una mujer llamada Berenice, esposa de Amador ó Sirach, miembro del Consejo del Templo, salió á su encuentro, llevando al brazo un lienzo á manera de toalla y en la mano un vaso de vino aromático; sin amedrentarla aquel imponente espectáculo, ni las iras del populacho enloquecido, ni el odio implacable de los poderosos enemigos de Jesús, ni las burlas groseras de algunos espectadores empedernidos, atravesó la apiñada muchedumbre y las filas de los soldados, y postrada á sus pies, los ofreció al Nazareno.

Aceptó Jesús el lienzo, y limpiándose el rostro sacratísimo, lo devolvió á Berenice, dejando en él estampada su divina imagen. La prontitud y la valentía con que la acción fué ejecutada, sorprendió á los verdugos, sin que pudieran impedir el público homenaje de respeto tributado por esta mujer piadosa; pero recobrados de su sorpresa, no permitieron que le diera el vaso de vino, y alejándola del sitio, renovaron, con más furor, en el divino Mártir, los malos tratamientos.

Unas tras otras van pasando las generaciones; los siglos suceden á los siglos, y el nombre de esta mujer, engrandecido con el milagro á que dió ocasión y de que fué testigo, el nombre de Verónica se pronuncia con admiración y vive imperecedero en la memoria de todos los creyentes y hace latir nuestro corazón con corrientes de simpatía. La conducta de la Verónica, no sólo se recuerda con esta nota deliciosa, sino que parece áurea aldaba que repica á las puertas de nuestro corazón, estimulándonos á imitarla; y respondiendo á este llamamiento, sentimos así como noble emulación y vago deseo de haber vivido en aquel tiempo y hallarnos entre las gentes que presenciaron el doloroso tránsito de Jesús por la calle de la Amargura para ofrecerle el blanco lienzo y el vino aromático como la piadosa é intrépida Verónica.

Pero quién sabe si en estos mismos nobles sentimientos y entre estas santas aspiraciones se oculta cautelosamente el error y germina lentamente algún vicio. Quizá muchos por estas buenas disposiciones que guardamos cuidadosamente como rico tesoro en las ferradas arcas del corazón, somos culpables de no practicar estos santos propósitos, y yerran, ciertamente, los que piensan que Jesucristo, en posesión de una beatitud suprema, no puede ser objeto de nuestros generosos ofrecimientos. O ignoran que dejó aquí numerosos representantes, con

necesidades urgentísimas, ó han olvidado sus benditas enseñanzas.

Han olvidado que esos infelices perseguidos por la desgracia, cuyas entrañas roe el hambre con frecuencia, macilentos, escuálidos, sin brillo la mirada, descolorido el semblante, siempre envueltos en densísima nube de tristeza por efecto de su miseria; han olvidado que esos infelices indigentes relegados á oscuro rincón, en frío y desmantelado albergue, muchas veces con el pecho abrasado por la sed, secos los labios por la calentura; han olvidado que tantos y tantos desventurados más ó menos culpables, pero en cuanto llevan cruz de expiación acreedores á nuestra clemencia, sufren en las cárceles penas indecibles; han olvidado que los pobres, los enfermos, los encarcelados representan á Jesucristo, y que el pan, y el vino, y el agua, y el lienzo que les ofrecemos, es como si se lo ofreciéramos á la divina persona de Jesucristo. Él lo dijo: lo que con uno de éstos hiciéreis, conmigo lo habéis hecho.

Hay, pues, muchas lágrimas que enjugar, muchos débiles que fortalecer, muchos dolores que mitigar, y por lo mismo ocasiones innumerables de imitar á la Verónica ofreciéndoles el lienzo y el vino de la caridad y la misericordia. Y no debemos sentir el que no podamos hacer lo que fué dado á esta santa mujer con nuestro Redentor adorable, sino aprovechar las ocasiones de endulzar las amarguras de sus representantes para arrancar de raíz la planta funesta del egoísmo y contarnos con verdad en el número de sus discípulos. No hay que dudarle; sentimos impulsos de hacer el bien, y la desconfianza del porvenir y el frío egoísmo estorban llevar á la práctica los impulsos de la conciencia.

Y puede suceder que por estos deseos inútiles, con estos sentimientos estériles, con estos nunca realizados propósitos, merezcamos que nos diga nuestro divino Maestro lo que dijo á un grupo de mujeres que había á la salida de la puerta que llamaban *Judiciaria* y á un lado del camino del Calvario: al ver á Nuestro Señor desfigurado y sin aliento, lloraban con desconsuelo, y en viéndolas Jesús, les dijo: no lloréis por mí; llorad por vosotras y por vuestros hijos.

Y al decirlo el Hijo de Dios, seguramente más motivos debían tener para llorar por ellas. Ciertamente que á la sazón padecía lo que no puede calcularse y que sus tormentos se multiplicaban á lo indecible y que todavía le esperaba la muerte; pero vendría después la gloria de la resurrección y las delicias incalculables de la Bienaventuranza; y ¿qué vale la muerte en el tiempo cuando se espera una resurrección á eterna vida de beatitud en la gloria? Pues esto esperaba, y sabía que, dentro de poco, millares de ángeles le aclamarían rey de reyes, y millares de hombres, de generación en generación, bendecirían su sacrificio y quemarían incienso en sus altares y doblarían la rodilla ante su imagen hasta la consumación de los siglos.

Lloraban las mujeres jerosolimitanas por Jesucristo, á quien veían injustamente maltratado, y sin reprobar su commiseración, parece como que encauza y dirige sus lágrimas á otro fin más necesario: á que las derramaran por ellas mismas. ¿Cómo había de reprobarlas cuando Él mismo las había vertido en varias ocasiones, enseñando que son bienaventurados los que lloran y les ha ofrecido el reino de los cielos?

Son las lágrimas como excelente vino de penitencia y medio á propósito para satisfacer por las culpas. Quien llora el

pecado no está lejos del arrepentimiento si no es ya el llanto licor amargo por él producido. Pero *vertían lágrimas* de contrición aquellas mujeres, diciendo con David: «Arroyos de agua salieron por mis ojos *porque no guardaron tu santa Ley*.» ¿Lloraban como Jeremías, no por sus pecados, sino por los ajenos, sintiendo la ofensa que hacían á Dios atormentando bárbaramente al que con estupendos milagros había probado su filiación divina, presintiendo el castigo que por tan atroz delito sufriría el pueblo? No; lloraban sin que ocasionaran sus lágrimas estos grandes pensamientos: lloraban de compasión sensible por el estado lastimoso en que veían al Hijo del hombre; estas lágrimas son completamente estériles y sin eficacia para limpiar las manchas de la propia conciencia ó para atraer sobre la ajena las misericordias del cielo.

Lo mismo que en el orden de las costumbres sucede en el orden de las ideas. No es reprobable condenar las perniciosas enseñanzas que constantemente se predicán contra Jesucristo y su religión sacrosanta. Bueno es mantenerse firmes en la fe, con el deliberado propósito de morir cien veces, si fuera necesario, antes que abandonarla. Pero si no hacemos más que esto, si en el recio y universal combate que se está librando entre los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas, entre las huestes satánicas y las milicias de Cristo, nos contentamos con lamentar los sobresaltos é inquietudes que producen estas discordias, pero sin tomar parte en la lucha, sin exponernos á los dolores que lleva aparejados, á los peligros que representa, tal vez merezcamos que el caudillo Jesús nos diga: no necesito vuestra compasión, no me satisfacen vuestras lágrimas; en tiempos de combate, el deber es combatir; en épocas de lucha, el deber es luchar; en esas circunstancias, el soldado que no pelea y se esconde, más parece traidor que soldado.

En último caso, para éstos como para las mujeres de la Puerta Judiciaria, suele ser la espada de Tito; para los valientes que luchan y se exponen, como la Verónica, la corona de la victoria.

X.



Jesús Sacramentado al alma pecadora. ⁽¹⁾

Décimas.

Pues un amor tan leal
pagas con tanto desdén,
y porque te quiero bien,
alma, tú me pagas mal:
pues mi pasión inmortal
tu pecho no ha enternecido,
alma, amor, amor te pido,
que en los tormentos de amor
el que tengo por mayor
es querer sin ser querido.

Tu olvido es contra razón,
pues dándote yo esperanza,
no hace tu desdén mudanza
ni me das satisfacción.
Si es piedra tu corazón
el mío diamante es,
que humilde un mea y otro mea
tu amor á tu puerta espera,
porque no es la vez primera,
Alma, que he estado á tus pies.

(1) Inclúyese aquí esta bella composición poética, inédita hasta ahora, como muestra de la inspirada y tierna mano de un insigne vate toledano, punto menos que desconocido para la generación presente: Baltasar Elísio de Medina, gran poeta místico y descriptivo, buen prosista y prosopista, muy caro amigo de Lope de Vega, desgraciado en su vida, desgraciado en su muerte, que fué violenta, y aun también desgraciado después de ella, por el mismo recuerdo que á la posteridad en general ha merecido. Inédita y desconocida en mucha parte su obra poética, es mi propósito acariciarla de la oscuridad algún día, como muy digno de figurar al lado de las de otros más afortunados escritores de nuestro siglo de oro.—EL CORREO DE CÁDIZ.

No fuerzo tu libertad,
libre que me quieras quiero,
y con dádivas espero
obligar tu voluntad.
Ten de mi muerte piedad,
y dame si eres servida
con tu sentimiento vida,
que está en tus manos, ingrata,
cuando tu olvido me mata,
darme vida agradecida.

Tu amor me bajó del cielo,
y hoy á esta forma me paso,
porque el fuego en que me abraso,
quiere que viva en el suelo:
pero que has sido recelo,
como piedad aún no enseñás
á dádivas no pequeñas,
más que peña en el rigor,
pues á dádivas de amor
suelen quebrarse las peñas.

Quita á tu Dios de cuidado,
que te aguarda á hacerte fiesta,
porque con la mesa puesta
harto tiempo te ha esperado.
Sé discreto convidado,
ofréstele á mi deseo,
que tan perdido me veo,
qué con ser el gasto tanto,
como le comas con llanto
me pago en lo que deseo.

Baltasar ELISIO DE MEDINILLA

La muerte de Judas.

Legenda oriental.

AMIGO, A QUÉ HAS VENIDO?... Y todavía le daba el dulce título de *amigo*, con una mirada compasiva y llena de misericordia, á aquel falso é hipócrita discípulo, autor de la traición más negra que han presenciado los siglos; avaro miserable, que por treinta monedas viles, le entrega porque sólo él sabía en dónde y cómo podrían prenderle, con todas las circunstancias agravantes en los grandes crímenes, de nocturnidad, alevosía, ventaja y tenaz premeditación.

Un terror horrible entra en aquella menguada alma. Los remordimientos le devoran, los labios le abrasan desde que con ellos estampó aquel sacrilego ósculo en la divina faz de su Maestro. Corre desalentado, sin saber á dónde, por las calles de Jerusalén; pregunta por los príncipes de la Sinagoga y por los escribas y fariseos que con él se entendieron en la conspiración; le dicen que en aquel momento están reunidos en sesión; vuela hacia allí, penetra en el Sanhedrin y alargando las treinta monedas de plata, dijoles:

—Pequé entregando la sangre del inocente. Tomad vuestro dinero y devolvedme á mi Maestro.

Sus palabras fueron acogidas con sonoras carcajadas.

—¿Qué nos importa á nosotros? El trato, trato es. Haberlo pensado antes. Recibiste tu pago, pues nada te falta. Saf de aquí, miserable.

Judas, desesperado, arrojó al suelo aquellas fatales monedas que le abrasaban las manos, y prorrumpe en denuestos contra todos los del Sanhedrin, hasta que á empellones fué arrojado de allí.

Sale rugiente de furor, corre, corre con pasos vacilantes y.... ¿á dónde?

¡Desgraciado! Si hubiera ido hacia su Maestro, seguramente que hubiera obtenido su perdón. Motivos tenía de sobra para comprenderlo así: él, que había visto á tantos pecadores acogidos por Jesucristo; á la Magdalena, que en un instante había borrado toda su vida disipada; á la Samaritana que en el pozo de Jacob se convirtió inmediatamente; á la mujer adúltera que recibió su perdón; y en vez

de imitar á su compañero Pedro y caer á los pies de su víctima, llorando contrito su horrendo proceder, huye con la desesperación en el alma y haciéndosele ya insostenible la vida.

Si, huye de Jerusalén, fuera ya de la ciudad, llega hasta él el ruido ensordecedor, la infernal gritería del pueblo que llevaba á crucificar á su Maestro.

Quiere que la tierra se lo trague, busca un precipicio, un arma, levanta la vista á un árbol que ve cerca de sí. Era una hermosa adelfa. (1)

Aquel hombre dá un rugido de fiera, se desata el cordón que sujeta su túnica, se sube al árbol, lo ata, hace en el otro cabo un nudo corredizo, mete en él la cabeza, se descuelga, dá un alarido terrible y su cuerpo se balancea en horribles contorsiones.

Entonces un ser fantástico con negras é informes alas, vuela sobre sus hombros sacudiéndole el pecho á talonazos, clavándole sus uñas en el rostro, en el cual le daba besos de fuego, mientras el suicida se revolvía en ansias de muerte.

La rama del árbol no pudo sostener más al doble peso de Judas y Satanás, y al desgajarse, cayó el cuerpo del traidor discípulo reventado, y arrojando las entrañas fué rodando hasta un cercano muladar, donde quedó sepultado....

Al llegar el estío, aquel árbol que hasta entonces había dado flores blancas y perfumadas, las dió rojas, pestilentes y venenosas, como todos sus congéneres las siguen produciendo.

Por eso ese árbol arbusto entre nosotros) aunque aún conserva su primitiva belleza, es repulsivo por instinto, no sólo á los hombres, sino á los animales. Jamás veréis pararse en él á las aves; la abeja no liba en sus flores, ni la mariposa se le acerca, hasta su sombra es temida por venenosa. Nunca veréis figurar á esta flor en ningún ramillete y siempre ha sido considerada como emblema de la perfidia.

Manuel CASTAÑOS y MONTIJANO

Getsemani.

Tiende su manto de estrellas
por los espacios la noche;
cierran con áureo broche
su cáliz las flores bellas,
acallaron sus querellas
las brisas entre las frondas;
sólo en los muros y rondas
de Salén se oye confusa
del guardia la cornamusa
y allá del Cedrón las ondas.

De oscuras nubes velada
cual de fúnebre sudario
asoma tras el Calvario
la luna triste callada;
allá Salén esfumada
con sus cúpulas altivas,
don sus palacios de escribas,
su sinagoga y Pretorio;
allá, cual santo Oratorio,
el Huerto de las Olivas.

Huerto de pálidas flores,
cáliz de mil amarguras,
lagar de horrendas torturas,
donde Cristo con sudores
de sangre y hondos temores
al pie de olivo bendito,
expía el fatal delito
de la Humanidad entera,
desde que Adán delinquiera
al pie del árbol maldito.

Ora ante el cielo postrado
y exhala grito de espanto:
pase de mí, Padre santo,

(1) En la Palestina es un árbol corpulento y resistente.

el cáliz envenenado;
en mi espalda han fabricado
su trono los pecadores,
soy el varón de dolores,
la maldición hecha hombre,
el cielo olvida mi nombre
y me amaga con furoros.

Y Él que es de Dios fortaleza,
brazo de sus maravillas,
dobla al temor sus rodillas,
dobla al dolor su cabeza;
del monte por la aspereza
la angustia le lleva errante,
teme estar sólo un instante;
y se acerca el grupo amigo.
«Orad y velad conmigo»
diciéndole suplicante.

Al pie del sagrado Olivo,
pegada al suelo su frente,
cual Isaac inocente
en agoña cautivo,
su gemido compasivo
de nuevo á su Padre envía;
«¡ay! mi cáliz de agonía
apartad, Padre, apartad;
pero vuestra voluntad
hágase antes que la mía.»

El dolor su voz embarga
y su agonía más crece
cuando el cuadro se le ofrece
de su Pasión triste amarga;
viendo que sobre Él descarga
su culpa todo malvado,
y que á su pecho el pecado
del lagar cual viga oprime
y hasta la sangre le exprime,
quedando el suelo empapado.

Su faz cubre compasiva
la luna ante tal congoja,
y cada rama y cada hoja
de la misteriosa Oliva,
fulgurando con luz viva
muestra en su abierta espesura
de un arcángel la figura,
que aleteando, la frente
orea al Mártir doliente
y conforta en su amargura.

Y vió Cristo en lontananza
en las sombras del bosqueja
de su sangre al oleaje
hogar en paz y bonanza
el Arca de su alianza,
venceidos sus enemigos,
y un mundo fiel de testigos
con Él velando y orando;
pues dejó el Huerto exclamando:
¡En piel ¡al combate, amigos!

Serapio LISO Y ESTRADA

Carranque 10-3-910.

El por qué histórico y teológico del fracaso relativo de Jesús.

DE todas las desventuras humanas, la que más pena causa en el corazón, es la del pueblo judío, que teniendo delante al Mesías, su gloria, su ideal esperado por más de quince siglos, no le conoció, antes le preparó la cruz.

¿Cuál es la causa de este trágico suceso? Algunos acuden á las profecías que anuncian que el pueblo judío está caído, degenerado, enfermo, corrompido; de ahí su repudiamiento.

¿Mas por qué Dios no ha iluminado á esos ciegos, abierto la oreja á esos sordos, triturado esos corazones endurecidos, doblegado esas frentes altivas? ¿La decadencia de un pueblo es incurable? ¿No puede siempre un soplo del Espíritu reanimar los muertos? ¿Por qué no ha reanimado á ese pueblo?

Este por qué es superior al limitado horizonte de los pensamientos humanos y nos transporta al mundo inexcrutable de la conciencia y de Dios.

La Providencia, con arreglo á leyes

que desconocemos, conduce á los seres libres, individuos y pueblos á su respectivo destino. Respetar su libertad hasta en sus aberraciones; los retiene ó los deja sin que podamos darnos cuenta del abandono, ni de la retención. Los que se salvan, dice San Agustín, lo deben á la bondad del libertador; los endurecidos, evidencian que entregado á sí mismo el hombre, es nada.

A las profundidades de la sabiduría infinita, se acogen los Apóstoles para explicar la infidelidad de su nación.

Acudamos á la Historia para comprobar esta razón teológica y justificar la Providencia Divina en el orden de los hechos.

La historia del pueblo judío nos dice que al realizar Jesús su advenimiento, la decadencia era profunda, todos los elementos de la religión estaban enfermos.

El sacerdocio, envilecido en manos de Saduceos escépticos que no creían en la resurrección, ni en la inmortalidad, ni en los espíritus, ni en la Providencia.

La ciencia religiosa del partido fariseo no oponía ningún contrapeso á este materialismo, que extraviaba al pueblo ocupada únicamente en sutilezas de jurisprudencia y casuística, en vez de orientar los espíritus, descubriéndoles el genio de su raza, el espíritu de la ley, la razón de ser de su nacionalidad, el secreto de sus futuras esperanzas y de su alianza con Dios.

En tales circunstancias, las conciencias habían perdido el sentido del deber y no conocían más que la legalidad. Las prácticas externas, la oración, el ayuno, la limosna, las abluciones, los sacrificios y el reposo sabático, les absorben; mas la pureza interior, el amor de Dios, la misericordia para con el prójimo, la humildad, la penitencia, la justicia, en nada son reputadas.

Qué extraño es, pues, que contra este pueblo, así pervertido, se estrellara el apostolado de Jesús?

Los judíos esperan un Mesías radiante, glorioso: El se presenta pobre y humilde; sueñan con un Mesías político, se desentiende de toda política. Aguardan un personaje que resplandezca con celestes signos; vela su potencia con una bondad sin ostentación. Ansian la independencia de su nación oprimida; recomiendan pagar tributo al César, consagrando así en teoría la decadencia política de su pueblo, ponen todo su cuidado en las ceremonias; las tilda de vanas y demanda obediencia, misericordia, justicia.

Evidentemente, entre Jesús y la opinión judía, la antítesis es absoluta, irreducible. No es extraño que ciegos con sus prejuicios no vean la luz de Dios.

Esto explica, dirá alguno, históricamente, el fracaso de Jesús y su muerte, pero no justifica la providencia que pudo preparar al pueblo para recibir á su Mesías.

No negaré que Dios tuviera en su omnipotencia recursos para convertir eficazmente al pueblo judío. Pero si niego que estuviera obligado á hacer más de lo que hizo; niego que no haya usado con Israel de abundante misericordia.

Dos hechos aclararán esta idea: el primero es la misión de Juan el Precursor en quien súbitamente despierta el espíritu de Dios, adormecido por más de cuatro siglos. Juan recibe de lo alto cuanto puede ilustrar á su país y disponerle á comprender la voluntad de Dios. Israel aguarda á un Mesías y una edad nueva; él le anuncia, le señala con el dedo. Ama el pueblo en sus videntes la austeridad; Juan la posee en grado heroico. Busca la

justicia; Juan no enseña otra cosa en sus exhortaciones á la penitencia. El pueblo nunca obedece más que á impulsos de las amenazas de Dios, y las amenazas estallan en los labios del Bautista, vehementes, formidables.

Además, el Hijo de Dios, visible como Hijo del Hombre, á pesar de su oposición á la perversidad judaica, posee cuanto puede despertar, sacudir, atraer, esclarecer, remover, transformar, apaciguar, purificar, santificar la conciencia. Habla como jamás hombre alguno ha hablado; no es insensible á ninguna miseria; multiplica los prodigios con caridad inagotable.

Si la conciencia de este pueblo permanece inerte, si se pierde, él mismo, es la causa de su perdición.

Juan Pablo LÓPEZ

Mater Dolorosa.

Sobre el Calvario enlutado del relámpago á la luz, un ángel ha cincelado su estatua al pie de la Cruz.

La estatua triste, esculpida por el ángel del dolor, de la Virgen afligida á los pies del Redentor.

De su frente por el cielo cruzan nubes en tropel, las nubes del desconsuelo, y del martirio cruel.

Llena está su faz de angustia, sus labios secos están, como flor pálida y mustia que azotó fiero huracán.

En sus mejillas cual perlas que el frío cuajó, se ven dos lágrimas: al ponerlas el ángel lloró también.

Dióle su manto la noche, su corona la aflicción, y el dolor dióle por broche un puñal al corazón.

En su dolor la acompaña el sol con obscuridad, con temblores la montaña, con ayes la tempestad.

Náufraga en mar de amargura piadoso el mar la dejó sobre aquella roca dura junto al leño á que se asió.

Mas ¡ay! la mirada triste que el hijo le echó al morir, cual mar de penas la embiste y á Hijo y Madre logra hundir.

Llora, Virgen desolada, en el mar de tu aflicción, llora, tórtola cuitada, flor que tronchó el aquilón.

Llora, del ángel encanto, llora, gozo del mortal, y consuela nuestro llanto con tu llanto maternal.

Y pues te mueven amores de Madre á llorar por mí, hoy, Virgen de los Dolores, vengo á llorar junto á Ti.

S. LISO Y ESTRADA

La Cripta de la Pasión.

EN el Cementerio suburbano de Pretestato, en Roma, existe un *cubiculo* ó *capilla* cuyas paredes se hallan decoradas con pinturas del siglo IV, entre las que se ven la resurrección de Lázaro, Jesucristo y la Samaritana y otra que algunos arqueólogos han creído que representa la *coronación de espinas del Salvador*, y que motivó el título de la mencionada *capilla* de la enuciada *catacumba*.

Tres figuras humanas, un árbol y una paloma forman el aludido cuadro; y según opinión del docto Oracio Marucchi, consignada en el *Nuovo Bullettino di Archeologia Cristiana*.—Roma, 1908, nú-

mero 1-2—no simbolizan aquéllas la coronación de espinas del Redentor, sino el *Bautismo de Jesús en el Jordán*.

Entre las razones que aduce en favor de su tesis el docto Marucchi, se cuentan los siguientes: las escenas de la *Pasión* comenzaron á representarse en el arte cristiano, entrado ya el periodo de la paz, y aun entonces se hicieron por largo tiempo en forma disimulada y casi simbólica.

La figura ó personaje que tiene en la mano una caña carece de armas y de traje militar y tiene (como la figura que la acompaña) los pies descalzos, y la caña indicada, es una *caña palustre*, símbolo del *Jordán*; lo que parece en la pintura *corona*, son hojas de la mencionada *caña palustre* como signo de haber tocado la caña sobre la cabeza de Jesucristo: el árbol también es representación del *Jordán* y la paloma, que sobre una rama se posa, es, sin duda alguna, el *Espíritu Santo*; el árbol denuncia, además del *Jordán*, un *paisaje* y no una *habitación*.

No existe un solo monumento del arte cristiano primitivo que representa las escenas de la *Pasión*, tal como se realizaron, con sufrimientos y humillaciones horribles, añade Marucchi.

Por todo lo antedicho se colige que la *Cripta de la Pasión*, debe denominarse *La Capilla del Bautismo de Cristo*.

Por la traducción.

Juan MORALEDA Y ESTEBAN

De la Comisión provincial de Monumentos

Toledo 1910.

Alegrías y tristezas.

I

¡Qué dulcísima alegría
La que nace en el dolor!
Es una rosa de olor
que en el Calvario se ería,
Y florece en el Tabor.

II

Cuando no sois vos, Señor,
Quien los manda al alma mfa,
¡Qué corta es toda alegría!
¡Qué largo es todo dolor!

VERDAGUER

El domingo de Ramos.

BIEN han escrito hasta los más enemigos del Catolicismo: el culto de la Iglesia es un espectáculo majestuoso, que llena el espíritu de un grato consuelo. ¿Quién negará que es admirable presencia la pompa del culto católico en nuestras asombrosas Catedrales? Por ejemplo, en la Iglesia toledana, el día de la procesión de los ramos, ¿quién no sintió latir su corazón al contemplarla presidida por su venerable Prelado Cardenal, rodeado de las Dignidades, Canónigos, Capellanes de Reyes, Mozárabes y Beneficiados, con sus palmas en la mano entonando los *Hosanas*, al Rey de los cielos, Jesucristo, como lo hiciera el pueblo de Israel?

Pero no sólo tomaron parte los ungidos del Señor con su Pastor á la cabeza, sino el pueblo católico numeroso que en las naves de la Catedral se unia con su entendimiento y corazón á los homenajes de adoración á Cristo. Todo esto hace concebir grandes esperanzas de que el pueblo español siente la Religión que está encarnada en su espíritu, y así no obstante los grandes esfuerzos de la impiedad, no podrá esta arrancarla del entendimiento y del corazón de nuestra nación.

Además, agradó al espíritu católico que la primera autoridad de la provincia y los representantes de la autoridad municipal, se compenetraran de las ideas y sentimientos del pueblo toledano y asistieran á los oficios divinos en el lugar señalado á su autoridad, y en la procesión llevar sus palmas en demostración de que su pensar y querer lo subordinan á Jesús y á la Iglesia Católica por El establecida.

Siempre nuestro Municipio ha asistido honrando con su presencia el culto divino en nuestra Catedral en los días que la tradición ó la ley han establecido; pero este año la concurrencia ha sido mayor. Felicitamos á los que cumplen con este deber de Concejales de un pueblo cristiano, y alabamos la conducta del Sr. Gobernador. Nunca está mal humillarse delante de Cristo.

Eran los años de la revolución de Septiembre; vinieron los tiempos de la república, y el Municipio de Toledo nunca faltó á los cultos catedralicios, no en exigua minoría, según ha sucedido en tiempos posteriores, sino en pleno, sin más mengua que los que por enfermedad ó imposibilidad no podían prestar á Dios ese tributo. ¿Y por qué no ha de ser siempre del mismo modo? ¿Es porque son los Concejales toledanos anticatólicos? De ninguna manera. Y la prueba patente, ellos mismos nos la han dado; cambiaban las circunstancias de su retraimiento, y los que antes iban, luego cesaban, y los que antes no parecían por el Templo, después ocupaban el lugar que les correspondía. Muy de lamentar es que pequeñas divergencias no sean superadas en toda ocasión por nuestros Concejales, y en compacta formación concurren todos á los oficios divinos.

La asistencia numerosa del Domingo de Ramos es presagio de lo que sucederá en lo futuro.

En esta capital no es fácil que sus hijos se olviden de la representación histórica de nuestro pueblo. Perfectamente sabe el toledano que en esta ciudad, hanse efectuado los acontecimientos más famosos de la Historia de la Nación española. Un día un gran Rey reúne á setenta Obispos en esta capital y les habla en estos términos: *Siendo, pues, todo de Dios, y no necesitando El de lo que tenemos, ¿qué podemos dar á su omnipotencia divina por tan grandes beneficios recibidos, sino creer con toda devoción lo que El mismo dió á entender de sí por las Sagradas Escrituras y mandó que se creyese?* Memorable fué el 8 de Mayo del año 589, fecha de feliz recordación para los toledanos, y enseñanza sublime la que dió el gran Recaredo patentizándonos, que á Dios le debemos dar lo que El mismo ha dispuesto que le demos. La protesta de Fe de las doctrinas, que nos dejara Jesucristo en sus Sagradas Escrituras, propuestas por nuestra Madre la Santa Iglesia Católica.

El C. de la V. de la S.

Semana Santa.

Santa Iglesia Catedral.

Miércoles Santo.—Los Oficios de la tarde, empezarán á las cuatro y media. A las cinco, se cantarán á gran orquesta las *Lamentaciones*, de Eslava, y á las siete, el *Miserere*, de Hugalde.

Jueves Santo.—Por la mañana, los Oficios y consagración de Santos Óleos, á las ocho y media.

Por la tarde, á las dos y media, el Lavatorio en la Sala Capitular. A las tres, el Lavatorio á los pobres y Sermón del Mandato, éste á cargo del muy ilustre Sr. D. Francisco Frutos Valiente. El Lavatorio de los pobres lo hará Su Eminencia Reverendísima el Cardenal Arzobispo. Las *Lamentaciones* y *Miserere* serán en la misma forma y horas del día anterior.

Viernes Santo.—A las ocho y media de la mañana los Oficios. A las diez, Sermón de Pasión, á cargo del M. I. Sr. D. Santiago Pastor.

Por la tarde, á las dos, Sermón de las *Tres Horas*, predicado por el muy ilustre Sr. D. Narciso Esténaga. Los Oficios á las tres y media.

Sábado Santo.—Los Oficios, Bendición de la pila y Misa de Gloria, á las ocho. En esta Misa se hará la tradicional ceremonia de presentar los corderos en el

presbiterio por los acólitos y niños de coro.

Por la tarde, á las tres y media, los Oficios.

Entre otras cosas, para servicio del culto de esta Santa Iglesia, se usan en estos días: el magnífico dosel de brocado de oro para el Emmo. Sr. Cardenal, compuesto de los paños del *Tanto Monta*, en el presbiterio, al lado del Evangelio, como asimismo otro que se coloca en la reja del Coro, también magnífico.

Cáliz del Sr. Fonseca, de esmaltes, con hijuela de esmeraldas.

Terno y frontales de tisú.

Bandeja de plata repujada, llamada de rayos.

Lavabo muy precioso, de filigrana, para el Sr. Cardenal.

Manga y ánforas de plata repujada.

Piedra del Santo Sepulcro, engastada en magnífico marco de topacios.

Cruz de camafeos y Reliquia del Santísimo *Lignum Crucis*, y otras muchas preciosidades admiradas con justicia por propios y extranjeros.

Las Procesiones.

Iglesia de la Magdalena.

Jueves Santo.—La Procesión de este día se celebrará á las cinco de la tarde, siguiendo el itinerario siguiente: Plaza de la Magdalena, Barrio Rey, Zocodover, Plata, Jardines, Nuncio Viejo, Arco de Palacio, Catedral, Hombre de Palo, Comercio, Solarejo, Corral de Don Diego, á la Iglesia.

Parroquia de Santa Justa.

Viernes Santo.—A las cuatro y media de la tarde tendrá lugar, con la solemnidad acostumbrada, la Procesión del Santo Entierro, recorriendo las calles siguientes: Calle de la Plata, San Vicente, Jardines, Nuncio Viejo, Catedral, Ayuntamiento, Palacio, Hombre de Palo, Comercio, Zocodover, Sillería, Refugio, San Vicente, Plata, á la Parroquia, predicando acto seguido la Soledad de Nuestra Señora D. Agustín Rodríguez y Rodríguez.

Sección Religiosa.

Iglesia de Padres Jesuitas.

El Jueves, Viernes y Sábado Santo, á las ocho de la mañana, los Oficios.

El Viernes Santo, al toque de Oraciones, se rezará la Corona Dolorosa, y acto seguido predicará el Sermón de Soledad el R. P. Sinfiriano Fernández.

El Sábado Santo, á las cuatro y media, la Corona Dolorosa, Sermón, que predicará el Reverendo Padre Luis Gonzaga Milagro, Coronación de la Imagen de Nuestra Señora, concluyendo con la Procesión y el *Regina Cæli*.

Parroquia de San Nicolás.

El Viernes Santo, á las siete y media de la noche, predicará de la Soledad de Nuestra Señora, el M. I. Sr. D. Francisco Frutos Valiente.

Iglesia de Padres Carmelitas.

El Miércoles, Jueves y Viernes Santo, á las seis de la tarde, Maitines solemnes.

El Jueves Santo, á las nueve y media, los Oficios. Por la tarde, á las tres, el Mandato, predicando el R. P. José Gabriel de Jesús.

El Viernes Santo, á las seis de la mañana, solemne Vía Crucis. A las ocho los Oficios.

El Sábado, á las seis y media, los Oficios, y acto continuo Misa de Gloria. Por la tarde, á las cinco y media, Salve solemne, Rosario y Visita á la Virgen.

Oratorio de San Felipe Neri.

El Miércoles y el Viernes Santo, al toque de las Oraciones y á las tres y cuarto de la tarde, respectivamente, se hará el Ejercicio del Santo Vía Crucis.